

EL
GRIMORIO

CORNELI ROURE

[ushuaia]

DESTINO INELUDIBLE

HACÍA UN TIEMPO QUE LAS COSAS no iban bien con Laura. Nuestra relación había acelerado su deterioro, especialmente desde la aparición de Josep, y cada vez se me hacía más evidente que había algo entre ellos, lo cual me preocupaba y hería.

Entretanto, yo me compadecía patéticamente de mí mismo. Sin duda no era el mejor recurso, ni tampoco el mejor momento de mi vida, ¡qué evidencia!... Me parecía estar rodeado de mezquindad, lleno de ella, exudaba lo ruin. Sin embargo, no podía evadirme de mi realidad cotidiana, y eso me daba una especie de asco visceral; todo se configuraba en un cuadro despreciable, que argumentaba generosamente en mi diálogo interno, momento a momento, las razones inexcusables de mi profunda depresión. A mis cuarenta y siete años estaba viviendo aún con mi madre, y no estrictamente por ella, pues a pesar de ser mayor se defendía bastante bien, sino más bien por mi necesidad de hogar, valor que había sido incapaz de crear lejos del margen de su faldero.

Hacía ya años que mantenía una tibia e inocua relación con Laura, que era más joven que yo, pero profesaba, eso sí, una admiración casi incondicional hacia mi intelecto. Dicha admiración la llevó, supongo, a entablar una relación sentimental conmigo de la que no estaba suficientemente segura. Sin embargo, para mí ella significaba un efluvio de ternura al que no me podía negar, aun sabiendo

que no me amaba con verdadera pasión. En aquella época precisaba que alguien me mostrase afecto, trayendo a mi solitaria vida un poco de calidez con la que llenar, acaso fútilmente, las enormes lagunas existenciales que me abrumaban.

Pero los engaños no son sino eso, mentiras, y tarde o temprano la realidad se desvela. En mi caso lo hizo con una crueldad paulatina y medida. Habría quizá preferido un enfrentamiento abierto, una ruptura cantada con la que sentir todo el desgarramiento de golpe, pero no fue así. Se estaba produciendo bajo el signo del amago y la condescendencia compasiva, debido sobre todo, y soy consciente, a mi carácter evasivo y al temor que ella tenía de causar dolor a un hombre de mi edad, pues Laura es del todo compasiva.

Yo, para ahogar las penas, me sumergía en mis libros antiguos, regodeándome en la erudición, virtud que no era capaz de salvar mi alma enferma. Vivía entre el humo de tabaco negro y el sabor amargo del alcohol, al cual apelaba cada vez con menos moderación para sustituir las caricias que me faltaban y que mi madre, con su frialdad inquebrantable, jamás me había hecho. Las de Laura, por otra parte, eran cada vez menos, tanto en cantidad como en calidad, y se me hacían cada vez más insoportables sus negativas a salir juntos, mientras podía constatar que pasaba más y más tiempo con Josep bajo la excusa de sus relaciones laborales.

El pesar de todo aquello se me hacía insoportable, así que decidí alejarme de Mollerussa, de mi madre, de Laura y de mis libros, con incerteza, pero sabiendo que era el único remedio a la atrofia de mi vida, al menos por un tiempo. Pedí en la universidad una sustitución para mis clases de Griego, aduciendo que el médico me había aconsejado unos días de reposo debido a mi estado de ansiedad. A regañadientes, me concedieron quince días de libertad, que yo juzgué suficientes.

Se me ocurrió una forma exquisita de emplear aquel episodio de reposo y aislamiento en un lugar llamado «Puigpedrer». Se trataba de la masía que unos familiares poseían en el Empordà, cerca de Figueres. En esa casa había veraneado frecuentemente de pequeño y pensé que, si lo tenían a bien, podría pasar allí una temporada escribiendo y olvidándome en lo posible de todo lo que me atormentaba. Sé que era una reacción un tanto cobarde, evasiva, pero no podía soportar la tensión de los acontecimientos en mi entorno. Por eso, inconsciente aunque no erróneamente, decidí algo cuyas consecuencias cambiarían el rumbo de mi vida de forma irreversible. Así pues, llamé a mis primos de Girona para plantearles el asunto, ofreciéndome a pagarles algún alquiler si hacía falta, ya que el dinero no era precisamente mi problema. Inicialmente se mostraron reticentes a mi petición, puesto que la casa de Puigpedrer, muy antigua, la usaban como segunda residencia para pasar muchos fines de semana. Dado que la relación entre nosotros no era excesivamente franca, pues hacía años que no nos veíamos, quizá temieron por la integridad de los objetos y los muebles, o que pudiese ocasionarles cualquier desmán. En resumen, además de incomodarles la petición, desconfiaron de mí, con lo cual vi desmoronarse mi plan por momentos. Aun así, quedamos en que se lo pensarían y me telefonarían en breve.

Al cabo de dos días recibí una llamada de mis parientes de Girona. Para mi sorpresa y aliento accedieron a mi petición, siempre y cuando la estancia no se prolongase más de un mes, tiempo en el que no tenían previsto ir ellos a la masía. Cuando les informé de que era suficiente con solo quince días, les pareció, por supuesto, muy bien. Esa noticia, inesperada ya, mejoró sensiblemente el halo de tristeza que me envolvía, me ilusioné con ello, e inmediatamente comencé a preparar la partida, bajo la mirada indiferente de mi madre, a la que no parecía importarle quedarse sola, ni siquiera qué me pasaba.

Mi decisión tampoco pareció afectar a Laura, porque seguramente mi ausencia favorecía sus planes de infidelidad. Pero yo, embotado en la pesadumbre, no fui capaz de expresarle ningún reproche, aunque deseé hacerlo desde mi profunda indignación.

SUEÑO PREMONITORIO

HICE EL VIAJE EN TREN. Tenía la obsoleta costumbre de prescindir de coche, y por no tener, no tenía ni carné, con lo cual la alternativa de circular en transporte público me quedaba casi siempre bien clara. Además, a mí el tren me encanta, lo prefiero incluso.

Ya avanzado el trayecto, contemplaba a través de la ventana cómo el paisaje y los postes de la luz transcurrían sin cesar ante mi mirada casi absorta; sentía un frío intenso dentro de mí, como el del invierno que veía afuera. Me alejaba kilómetro a kilómetro, estación a estación, de todo aquello que conformaba mi incómodo entorno cotidiano, pero a la vez sospechaba que lo llevaba conmigo, como un parásito que te acompaña dondequiera que vayas. Me di cuenta, justo en aquel momento, de que los únicos culpables de mi drama interno eran los fantasmas que yo mismo había creado. De pronto tuve la certeza de que aquel viaje no serviría para nada, de que luego volvería resignado y con las orejas gachas, para intentar retomarlo todo en el mismo punto; fatal congelación que me llevaría al círculo del vicio y a una soledad cada vez mayor.

Sin embargo, el sueño me sacó de tan ominosos pensamientos para conducirme a algo quizá peor. Mientras me quedé dormido en el tren, soñé que me deslizaba a toda velocidad por una rampa viscosa; todo estaba oscuro y tenía la impresión de que me iba golpeando contra duras paredes sin poder evitarlo. De pronto, caí de

bruces sobre una especie de lodo. Intenté levantarme pero no podía. Oía unas voces tras de mí, pero no logré girarme para ver de quién se trataba. Fue entonces cuando comencé a sentir un calor intenso que traté de evitar alzando el rostro; era como si me abrasase con su fuego vivo. Alguien me tomó por los brazos y me alzó, empujándome luego con furia hacia delante. Vi una gran luz frente a mí, querían echarme dentro, y yo sufría y luchaba sin conseguir liberarme. Cuando me sentí perdido grité y me desperté en el tren bajo la atónita mirada de mis vecinos de viaje, que sin duda censuraban mi actitud, creyéndome quizá drogado, pues sudaba abundantemente y mi rostro debía hallarse desencajado. Tal fue la tribulación que me produjo aquel sueño.

Ignoro cuánto tiempo permanecí dormido, pero lo cierto es que al despertar casi estábamos llegando a Figueres, lo cual me tranquilizó. Había quedado con mi primo Lucas en un café del centro y, efectivamente, a la hora acordada, allí estaba él luciendo una espléndida gabardina, que ciertamente le destacaba de la multitud. Me recibió con ademán eufórico y un tanto exagerado; sospeché que fingía alegrarse de mi llegada y confieso que no entendí su actitud, tan distinta de la que me mostró por teléfono días antes.

Sin demasiados preámbulos, subimos a bordo de su lujoso coche —excuso decir la marca, no por pudor comercial, sino porque no entiendo de esos artefactos— y durante el recorrido hacia Puigpedrer no paraba de hablar de sí mismo, de sus triunfos empresariales y de su vida de ostentación. Incluso llegó a confesarme, gratuitamente, que tenía una fulana, con la que a veces iba a la masía a desbordar sus lujuriosas pasiones, en el marco medieval de la casa de nuestros ancestros... ¡Genial mi primo Lucas! Ni por un momento se interesó por mí, ni por el motivo de mis «vacaciones». Así es que, entre petulancia y petulancia, llegamos a la casa, que yo no visitaba desde los once años. Entonces él cambió radicalmente el contenido

de su discurso. Yo, que estaba impresionado por la majestuosa belleza de la masía, situada sobre un cerro prominente que domina el llano paisaje ampurdanés, perdí por un momento contacto con su parloteo, pero reclamó mi atención, pues me estaba dictando las reglas de comportamiento para con la casa y los enseres.

Las precauciones que había de tomar para usarlo todo eran tantas que me sentí incapaz de recordarlas, pero él continuaba añadiendo sin cesar más reglas al juego. Tras las explicaciones referentes al exterior, pasamos al interior de la casa donde la lista no solo continuaba, sino que se intensificaba. Aquello era un museo; todo estaba inmutablemente situado, y yo, que habría comenzado por tocar, tuve que resignarme a contemplar todos esos objetos que habría de examinar más tarde, a tenor de mi irresistible pasión por lo antiguo.

Lucas se ausentó un momento de la sala en la que nos hallábamos y volvió a aparecer con una llave, que usó para abrir una estancia cerrada. Me aproximé hasta allí, y lo que vi dentro me dejó sin respiración: era una magnífica biblioteca con multitud de anaqueles que almacenaban libros antiquísimos, todos compendiados, según Lucas, por nuestro bisabuelo común, Fabián Romeu. Como fuera que en diferentes sucesiones la propiedad de la casa de Puigpedrer se había desviado hacia otra rama de la familia, que no la mía, desconocía la existencia de ese tesoro literario en la masía. Hasta aquel día no había estado dentro nunca, pues de pequeño, cuando íbamos a veranear con mis padres, esa estancia permanecía siempre rigurosamente cerrada bajo llave. Recuerdo que en ocasiones, justamente con mi primo Lucas, intentábamos atisbar a través de la cerradura el misterioso contenido de la habitación, pero debido a la oscuridad resultaba imposible ver nada.

Mi primo me la mostró entonces por primera vez. Empecé a maravillarme por la prometedora presencia de libros antiquísimos, cuyos lomos ilegibles, bajo la precaria luz de la lámpara que pendía

del techo, me hacían volar la imaginación. Allí olía a papel seco, a cuero antiguo, a alcanfor y a cerrado. Pero incomprensiblemente, apenas me había permitido echar una ojeada superficial cuando me apremió a salir ya, pues él tenía de pronto prisa por marcharse. Cerró con llave y entró, seguramente a guardarla, en una de las numerosas alcobas. Al regresar le pregunté si no me iba a permitir que examinara los libros con un cierto detenimiento, a lo que me respondió que no dejaba que nadie hurgase en la biblioteca del abuelo cuando él no estaba: «Si acaso —dijo—, durante el tiempo que estés aquí vendré un día para mostrártela». ¡Gran gentileza la de mi generoso primo!... Así podríamos estudiar juntos la aplicación de esos saberes antiguos en sus modernas empresas. Ciertamente era un plan que parecía entusiasmarle. Llegué a pensar que me propondría traerse a otra concubina para mí y así, entre acantilados de libros, celebrar una orgía en la biblioteca, conmemorando nuestras fallidas ojeadas, de niños, a través del agujero de la cerradura.

Finalizó la carrera mostrándome mi habitación, sencillita, en la parte norte y más húmeda de la casa, aunque me permitió con alarde generoso visitar las partes más soleadas, e incluso encender la cocina de gas para preparar comida... sin manchar mucho.

Tras ese adoctrinamiento de uso procedió a marcharse con premura, y cuando ya se dirigía hacia el coche me indicó que en el garaje había una motocicleta, con la que podría desplazarme hasta Vilabertran para abastecerme de lo que necesitase. Como último apunte, me informó sucintamente de que para arrancar la moto tenía que cebar el carburador. A continuación me dejó, por fin, solo.